

cho más extenso que el horno mismo; la multitud se agolpa en torno del sitio donde suceden las cosas, como si fuesen de vidrio las paredes. Esperan que la efervescencia de la Cámara se transmita á la plazuela; que se grite al aire libre lo mismo que se gritó dentro del mal llamado hemicycle; que al terminar la sesión venga el epílogo dramático y tal vez sangriento...

* *

Os habéis pasado allí, en la abarrotada tribuna, la primera mitad de una de estas tardes ya de primavera, ya tan largas, que despiertan ansias de campo y de reposo; tenéis la ropa impregnada de olor á tabaco—porque se fuma á tutiplén en cada rincón del santuario, y hasta en el propio salón de sesiones, detrás de los biombo;—en la boca se os disuelve el último caramelo; en el cerebro os flotan cláusulas del último discurso; la fiera invectiva, la réplica intencionada, todavía suenan en los oídos; aún veis el gesto trivial ó noble, mezquino ó grandioso, elegante ó grosero, del que estaba en el uso... ó en el abuso de la palabra; el tilinte de la campanilla presidencial os persigue todavía al través de los pasillos, y no estáis seguros de no oír la mientras bajáis la alfombrada escalera; al poner el pie en la calle encontráis el tumulto, la ansiedad de las caras que parecen preguntaros qué ocurre y si arde de una vez, incendiado por la elocuencia, el gran templo de la burguesía triunfante... Pero ya el coche arranca y se interna por la red de callejas entretejida á espaldas del edificio de las Cortes; ya nos encontramos en otro Madrid silencioso, ó por lo menos normal en su tráfico, con transeúntes de capita ó blusa en las aceras, que requiebran á las modistillas y se paran ante las administraciones de loterías soñando y eligiendo el bonito número; con carretas descomunales que obstruyen el arroyo y os detienen cinco minutos en contemplación forzosa de un ensangrentado costillar de vaca ó de un ternero sacrificado; con mendigos tercos, que os refieren una historia de lágrimas, y si no soltáis los cinco céntimos, os hartan de maldiciones; con guindillas refugiándose en el más próximo *establecimiento*, á fin de disfrutar una miaja de descanso, que no es de hierro el hombre; con chulas de mantón y cursis de abrigo guarnecido de piel de gato; con niñas á quienes siguen los pasos desmedrados soldadillos; con algún tío de manta llegado ayer de Tierra de Brutos de Arriba, y á quien acecha el avisado timador; con el aspecto, en una palabra, peculiarísimo de la capital... El coche revuelve y se interna en la calle del Barquillo, á trozos ahogada y estrecha, á trozos de mejor respiración; y donde se prolonga, convirtiéndose por rebautizo en calle de Fernando VI, al lado de un palacio en construcción que da, entre la edificación sin carácter y sin tendencias de Madrid, la nota de un modernismo alegre y refinado, se para el vehículo y dentro de breves instantes nos encontramos en el gabinete del conocido médico.

* *

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Para aficionado á contrastes, salir del Congreso en estos días de sesión borrascosa y pasarse un par de horas en un laboratorio como el del doctor Decref, donde se practican experimentos de radiografía y electroterapia.—Alrededor del santuario de las Leyes, una muchedumbre inquieta hierve y se apiña esperando la salida de algún diputado de la minoría republicana para seguirle y ovacionarle; óyense vocar «las nuevas aleluyas políticas» y corre de mano en mano un papel amarillo, exornado con monos de lo mas chabacano, que pretenden tener intención y sólo tienen escatología burda; los agentes de orden público, erizados de bigote, torpes de gesto y huraños de actitud, dan vueltas y más vueltas á la manzana, preparándose á repartir leña; todos los que discurren por la vía pública quisieran estar allá dentro, donde se fragua el rayo; quisieran encontrarse envueltos en la caldeada atmósfera de las tribunas, donde sin cesar, bajo la amenaza de un *¡despejen!*, se expresa con rumores y frases á media voz y hasta polémicas la impresión que el debate va suscitando, se enzarzan reprimidas discusiones, se manifiestan simpatías y antipatías, se echa fuera el torso para comerse con la vista á un orador de cartel.—No todo el mundo ha logrado la fortuna de obtener una papeleta; no todo el mundo tiene un diputado amigo, ó un amigo amigo de un diputado; y los que se quedan sin penetrar, sienten la inquietud de la curiosidad y el hormiguillo de la impaciencia. La vibración de los ánimos dentro se comunica á la calle, porque en el recinto no cabe ya; cual sucede en los Altos Hornos de Bilbao, el aire se enciende en radio mu-

En un ángulo del despacho aguarda un hombre. Viste humilde traje de obrero—de obrero casi en la miseria.—Es pequeño de cuerpo, feo de rostro; lleva la barba descuidada y apagado y triste el mirar. Es un abrumado por el peso de la suerte. Cuando se incorpora, veo que cojea, de una de esas cojeras inutilizadoras, absolutas, que no parecen defecto de una pierna, sino de todo el organismo. Renquea, se arrastra. Con él ha venido el médico forense, para confirmar, por medio de la radiografía, un diagnóstico, del cual depende que la lesión del obrero sea ó no considerada accidente del trabajo y se le otorgue ó no la indemnización que señala la ley. Y al salirme al paso este episodio aislado y sencillo de la lucha económica, se me viene á los labios una frase de la novela *Resurrección*: «Este sí que es el mundo, el verdadero mundo.»

En efecto, la realidad de un sufrimiento ignorado y en el cual nadie para mientes, de una existencia rota y destruida, de un ser que no puede ya ni demandar al trabajo el duro pan, obliga á pensar no poco y remueve capas de sensibilidad dormida. ¿Dónde queda el vocerío del Congreso? ¿Qué dolores ó qué daños gritaban por boca de los oradores? Bajo aquella cólera centelleante en los escaños, tan presto extinguida en los pasillos, ¿qué carne de verdad palpita y sangra? ¿A qué respondían los encuentros entre unos hombres que se sientan á la izquierda del presidente y otros que se sitúan á su derecha, detrás del banco azul? En el destino del obrero á quien acaban de extender sobre el lecho de operaciones radiográficas, colocándole bajo la pierna enferma la

caja de madera con fondo de plomo que encierra el cliché, ¿qué influencia pueden ejercer las brillantes de palabra del uno, las habilidades de consumado actor del otro, las flechas aceradas de aquél y los disparos con bala rasa de éste? Si la ciencia no interviene y no toma cartas en el asunto, el obrero inválido no tendría más remedio que echarse á la calle, no al olfato de la revolución, sino aceptando la degradación moral que con tanta frecuencia determina el pordiosero.

* *

Cinco minutos después—el tiempo que tarda en impresionarse la placa,—en la de mi mente se cambiaron las imágenes y se transformaron los pensamientos. El dolor que tenía presente y que acaso únicamente por eso me conmovía, fué á sumirse, á desaparecer entre la enorme extensión árida del dolor universal. Y el mismo dolor, en aquella forma, dejó de parecerme tan terrible. Fértil como ninguna la cosecha de males y tribulaciones que agobian al género humano, la ciencia recoge y destruye algunas espigas malditas, el arte vela y encubre con su red de perlas el resto. El que ha conseguido escuchar en el Congreso palabras mágicas y periodos rotundos, ó siquiera imprecaciones artísticamente dichas, no recuerda el mal durante una hora.

* *

Por ahí repiten que el espectáculo de la Cámara ha sido estos días escandaloso. Todo es relativo, que decía el gracioso pedantón de Moratín. Se ha gritado, sí, señor, se ha gritado, y fuerte; pero á mí me aseguró gente que ha asistido á la Cámara francesa y al Parlamento inglés, que allí se gastan puños como mientes. Me refirieron que un inglés, desconocedor por completo de nuestro idioma, quiso no obstante presenciar una sesión del Congreso. Diéronle su correspondiente papeleta, y el britano, enemigo de hacer á medias las cosas, entró cuando en el recinto no había una mosca y salió cuando volvía el recinto á quedarse en la misma soledad por retirarse el último diputado. Preguntáronle después si no se había aburrido oyendo hablar y discutir tanto sin entender jota. «Nada de eso—respondió.—Al contrario: me he divertido muchísimo y he pasado un rato delicioso. Para ello me ha bastado mirar cómo accionan y gesticulan vuestros oradores. En el Parlamento inglés se habla sin mover el cuerpo ni desenfundar las manos de los bolsillos, como no sea para pegar un puñetazo. Aquí expresan tanto con la mímica, que yo, si no he comprendido exactamente cuanto se dijo, por lo menos me forjo la ilusión de entenderlo y hasta de saborearlo.»

Así opinaba este extranjero, más indulgente con nosotros que nosotros mismos; caso frecuente y en especial cuando se trata de aspectos peculiares de nuestra nacionalidad y nuestra raza. Del cuadro de nuestro Congreso extrajo el benévolo insular la particularidad más simpática y bella: el arte en el gesto. Si entendiese, alabaría otras muchas cosas que, estéticamente entendidas, también merecen loor.

* *

La oratoria política, sin embargo, se transforma. De aquellos magnos discursos de otros días sólo queda el recuerdo. Eran arengas que consumían una tarde y á veces quedaban en suspenso hasta la siguiente. En mitad de su tarea, el orador se interrumpía, pidiendo se le otorgasen diez minutos ó un cuarto de hora de bien ganado descanso. Mientras, entre apretones de mano y felicitaciones, se enjugaba el sudor de la frente—sombra ilustre de Castelar, ¡cómo te alzas en mi memoria!—la Cámara, recobrando el aliento interrumpido y suspenso momentos antes para no perder sílaba de la peroración, rompía en alto murmullo formado de mil conversaciones, y era su zumbido el de la colmena arremolinada. Transcurrido el tiempo reglamentario, como por virtud de un conjuro—el conjuro de Orfeo—aquietábanse de golpe las discusiones, ocupaba su escaño cada cual, y el discurso reanudaba su esplendorosa cinta flexible recamada de pedería. Actualmente, si los corifeos se creen en el caso de endilgar su discurso por temporada, hay que convenir en que procuran abreviar lo posible. Sienten—con su instinto de artistas, más certero que el de gobernantes—que estamos en la época de las guerrillas: que las ligeras escaramuzas y los movimientos dedicados á molestar al adversario y á quebrantarle cada día un poco, son la táctica de moda, y que en la oratoria se ha infiltrado el género chico también.

EMILIA PARDO BAZÁN.